

las amenazas á agitarse, hasta que el más terrible, el más inexorable de todos los odios, el odio religioso, arrastre á la autoridad á dar el golpe de muerte.

Jesús guarda una calma divina.

Todos esos episodios tienen un carácter de dulzura y de paz que reflejan la serenidad del Maestro.

Cuando él llegó, se estaba en la mitad de la fiesta.¹ Los judíos le buscaban entre la multitud de peregrinos. Su recuerdo, en Jerusalem, había quedado vivo, no solamente en el Sandedrín que seguía con una vista inquieta su doctrina, su conducta, su acción, sino en el pueblo en quien había tan poderosamente conmovido la conciencia é inflamado las esperanzas mesiánicas. La opinión pública estaba llena de su nombre. Por todas partes, en los grupos se le discutía. Unos decían: El es bueno, otros le combatían:—No; exclamaban, es un seductor y un falso profeta.

Pero, en esta masa habituada á sufrir la tiranía del poder tan hostil á Jesús, se temía expresarse abiertamente y con franqueza. Los aduladores de la autoridad exageraban, por complacencia, sus sentimientos contra él; y los tímidos, los cobardes, tenían miedo de defenderle.

Jesús subió directamente al Templo y se puso á enseñar bajo los pórticos.

¹ Juan, VII, 14 y sig.



CAPITULO II.

JESÚS EN LA FIESTA DE LAS CABAÑUELAS, EL AÑO 29.

Los hombres de acción que pretenden un papel público tratan de apoderarse del poder, por la fuerza, la habilidad ó la astucia. Una vez los señores, se aplican á realizar su plan, y el éxito les juzga. Vencidos, se les desdeña; victoriosos, se les aclama.

Jesús no obró á la manera de los hombres; él no puede y no quiere reinar sino por la fe; él para nada se impone, él se propone; su única arma es la palabra, y su gran obra, la manifestación de lo que él es.

Esta obra se desarrolla progresivamente en medio de contradicciones violentas. En Jerusalem, á la vista y á la faz de los representantes oficiales de la nación, ella toma un carácter más solemne y desencadena la lucha en la que él sucumbirá.

La acción de Jesús en la metrópoli, durante la fiesta de las Cabañuelas y los días que seguirán, no nos es conocida sino por las narraciones del cuarto Evangelio.¹ Los episodios son

¹ Juan, cap. VII, X, 21.

brevemente referidos, los discursos reasumidos en una palabra, una frase; á pesar de esta sobriedad, esas páginas hacen revivir este período agitado y memorable en el que Jesús reivindicó tan fuertemente el título y las funciones de Mesías.

Se es testigo del efecto poderoso de su palabra, vense los movimientos y las corrientes de la opinión, dividida á este respecto, á menudo escandalizada y algunas veces vencida por la verdad; se escuchan sus murmuraciones y sus ironías, sus aprobaciones y sus clamores de fe; se asiste á las primeras tentativas de la gerarquía contra Jesús; ella le vigila, envía emisarios para espíarle, y le cela; ella se inquieta, se irrita de sus éxitos y busca ya, insidiosamente, apoderarse de él.

Todas las escenas se desarrollan en el Templo, bajo el pórtico de Salomón ó en la galería del patio de Israel, cerca de los cepos destinados á las ofrendas. Ahí es donde se deslizan los días del Profeta. El llega á la primera hora, enseña á la multitud, discute con los Fariseos y los Escribas; y, llegada la noche, vuelve al monte de los Olivos, con sus discípulos para pasar allí la noche.

La multitud que se oprime para escucharle no se parece á aquella que él arrastraba en su séquito, en Galilea, en las orillas del lago, en la montaña, en el desierto. Al lado del bajo pueblo, de las gentes sencillas y sin cultura venidas de la provincia, que san Juan designa por la expresión *ὄχλος*, se vé á los Hierosolimitanos, los habitantes de la metrópoli, á los Judeanos, como él les llama. Ellos se distinguen de la masa por un conocimiento menos imperfecto de las Escrituras, una devoción más refinada y sobre todo una obediencia más dócil á la autoridad; ellos siempre tienen la vista sobre ella, prestos á recibir la palabra de orden, tomando de ella lo que ellos deben pensar y lo que deben hacer.

Los jefes se mezclan á la multitud para vigilarla y para juzgar al Profeta. Al dirigirse al patio de los sacerdotes ó la gran sala del consejo, los Ancianos, los miembros del Sanhedrín, los Saduceos escépticos y los Fariseos intolerantes, enfatuados

de su ciencia, ellos mismos han podido oír sus palabras; algunos ciertamente han sido deslumbrados y subyugados por esta doctrina que escandalizó á tantos otros.

Por falta de haber distinguido suficientemente esos elementos, es por lo que la crítica se desprecia respecto á la manera de la enseñanza de Jesús en Jerusalem. El ahí está, en el centro de las escuelas y en el foco de la ciencia ortodoxa y tradicional, en las puertas mismas del Sanhedrín en donde se discuten y se deciden todos los problemas de casuística religiosa, en donde se juzgan todas las novedades, en donde comparecen los falsos profetas. En Galilea, él hablaba frecuentemente á la masa popular; en Jerusalem, en el Templo, él habla á todos, al pueblo de la provincia y á los habitantes de la metrópoli, á los personajes influyentes de la gerarquía y á los más célebres doctores y más escuchados.

Por todas partes idéntica consigo misma su doctrina, se resume en dos puntos esenciales: su filiación divina y la divinidad de su función mesiánica. El no se expresa en parábolas, él apela á las Escrituras ante esos espíritus habituados á no jurar sino por ellas. Los Galileos admiraban la fuerza y la originalidad de su doctrina; los Judeanos son maravillados de su ciencia en las Escrituras.

—¿Cómo, decían ellos, puede él conocerlas, puesto que él no ha estudiado?

Jesús, para esos doctos, era un iliterato; sabíase que el carpintero de Nazareth no había frecuentado ninguna escuela, y sin embargo, él mostraba un conocimiento de la Ley y de los profetas superior á todos los maestros. El sacaba de las Escrituras verdades nuevas y antiguas; él embarazaba á sus adversarios, reduciéndoles al silencio. Ningún doctor había hablado como él del Reino de Dios, ni mostrado la vanidad de las observancias tradicionales; ninguno había concebido, como él, al personaje mesiánico y su misión, afirmado con una autoridad, una conciencia más inquebrantable, y probado por señales más resplandecientes que él mismo era ese personaje.

La multitud sorprendida le admiraba; pero los jefes, los guardianes de la enseñanza oficial, los letrados, se irritaban, afectando el desdén hacia una doctrina que ellos trataban de personal, y á la que no reconocían ningún valor, puesto que ella no se apoyaba sobre la autoridad de ningún maestro.

Se sabe que en esta época la tradición de los padres de la synagoga era muy poderosa; nada se decidía fuera de ella. Para que una solución doctrinal, jurídica ó ritual tuviera crédito, era preciso ponerla bajo el patronato de uno de los grandes pares. Jesús,—quien condenó las aberraciones de los últimos siglos, que sobrepujó á los profetas mismos y no temió presentarse como el Enviado destinado á completar la Ley,—Jesús no podía invocar sino una autoridad, la de Dios.

—“El es quien me envía,” decía; “mi doctrina no es mía, ella es la de Dios.”

Señalando el origen divino de su enseñanza y uniéndola á su misión, él respondía á la vez á la multitud sorprendida y á los jefes escandalizados ó desdenosos. Aquel á quien Dios envía recibe de él, directamente, la luz; él no tiene ninguna necesidad de que los hombres la aprueben. Los hombres no pueden juzgar la palabra de Dios, porque ella les domina; ellos deben acogerla, porque ella les salva.

Ahora, ¿cómo reconocer que Dios habla en Jesús? ¿que su doctrina no es humana, sino divina? El no invoca aquí á su obra ni á sus títulos exteriores de esencia. Los milagros que prueban que Dios está con él y en él no tocan sino al espíritu, y el espíritu, en los hombres prevenidos, escapa á la evidencia misma, desnaturalizando los hechos ó engañándose sobre su causa. A la conciencia es á la que él se dirige. El uso de la razón no es dado á todos; hay sencillos é ignorantes que no saben servirse de él; pero la conciencia es la luz universal.

—“Vosotros os preguntáis,” dijo Jesús, “si mi doctrina es

de Dios ó si yo hablo por mí mismo. Y bien, si queréis hacer la voluntad de Dios, vosotros le conoceréis.”

Querer hacer la voluntad de Dios, es estar en la rectitud del corazón y en la buena voluntad del hombre. Nada de adhesión á nuestras preocupaciones, á las doctrinas que nos ciegan; nada de interés personal, nada de locas pasiones. El deseo, el amor de la verdad y del bien, hé aquí lo que Jesús pide. El hombre, así dispuesto, no vacilará en creer en él, desde que él le verá, él le escuchará. La fe le hará gustar la certidumbre y la esperanza, el amor y la paz,—todas las cosas que nada de humano, nada de creado, procura, y que llevan en sí mismas el sello de su origen divino. Jesús es el único Maestro que ha enseñado que la ciencia de lo divino tenía su centro en el corazón puro.—“Bienaventurados ellos,” dijo, “porque ellos verán á Dios.” Al experimentar que Dios es el bien del que el alma está ávida, y la fuerza sin la cual ella languidece, ellos comprenderán cómo la doctrina de Jesús, quien sólo la revela, es espíritu y vida.

Este método íntimo, á la vez sencillo y sublime, está al alcance de todos, él es la vía segura que conduce á la verdad que Cristo enseña; abriéndole á sus adversarios, él intentó el único esfuerzo que pudo salvarles. El camino queda tal como él le trazó; ningún ser libre llega á creer, si, atrincherado en su razón como en una plaza fuerte, él se rehusa obstinadamente en querer hacer la voluntad de Dios y en probar en su conciencia la palabra de Jesús.

Las autoridades judías han guardado hacia él esta actitud acerba, ellas no han visto en el Profeta á quien Dios envió para salvar á su nación y á la humanidad entera, sino á un adversario reprobado de antemano.

La doctrina de Jesús implicaba su propia glorificación. Se estaba exasperado de lo que decía de sí mismo, ofendido de su pretensión mesiánica; se le reprochaba con un amargo desdén.—“Si yo hablara de mí mismo,” respondió él, “vuestras acu-

saciones serían legítimas. El que habla de sí mismo, busca, en efecto, su propia gloria; pero aquel que no busca sino la gloria de Dios que le envía, éste está en la verdad y en la justicia.¹ El no dice sino lo que Dios le inspira; él no hace sino lo que Dios le manda.

—“Vosotros me acusáis, lo se, de transgredir la Ley. Y sin embargo, esta Ley que Moisés os ha dado, no hay uno de vosotros que la cumpla. ¿Por qué entonces tratáis de matarme? Jesús recordó la curación del paralítico de la piscina de Bethesda, en su última permanencia de Jerusalem, y las amenazas de muerte que él había escuchado, en esta ocasión, de boca de los emisarios del Sanhedrín.² La multitud que le oprimía ignoraba sin duda este hecho y esas amenazas; á esta palabra de muerte, ella creyó que Jesús le reprochaba atentar á su vida.—Tú deliras, exclamó ella, y el espíritu malo te engaña. ¿Quién, pues, trata de matarte?

Jesús prosiguió su justificación.

—“Yo no he hecho sino una obra, curando al paralítico, y todos vosotros os sorprendéis de que yo he violado el sábado. ¿Acaso vosotros mismos no le violáis? Moisés os ha ordenado la circuncisión (aun cuando ella no sea de él sino de los patriarcas), y vosotros circuncidáis al hombre el sábado.

“Ahora, si el hombre recibe la circuncisión el sábado, vosotros no creéis violar la ley de Moisés; ¿Cómo, pues, os indignáis contra mí, porque un sábado yo hice sano á un hombre por completo?”

A la circuncisión,—el gran rito de los judíos que tenía por efecto religioso la incorporación del circunciso al pueblo de la alianza,—Jesús, compara su obra, que cura al ser humano por completo, cuerpo y alma.

—Si la ley del sábado, él concluyó, cedió ante la una, con mayor razón debe ceder ante la otra. “Y si vosotros circuncidáis, sin temor de violarla, con mayor razón tengo el derecho

¹ Juan, VII, 18 y sig.

² Véase más arriba, lib. II, cap. VII.

de cumplir mi obra y de curar.” El apela de la legalidad á la moralidad, de la observancia exterior á la virtud, de la letra al espíritu, de la ley á la conciencia.—“No juzguéis,” dijo, “conforme á la apariencia, pronunciad la sentencia conforme á la justicia.”¹

Ahí no puede haber ordenanza contra el bien. La santidad y la bondad son de todos los días y de todas las horas; no hay sábado para ellas, porque ellas sobrepujan á todo.

Esta justificación pública ante la multitud reunida en los pórticos del Templo, y en presencia de los doctores que le habían tan agriamente acusado, muestra con qué oportunidad Jesús sabía servirse de las Escrituras, de la autoridad de Moisés, de los usos, para confundir á sus adversarios, con qué sabiduría vigorosa apelaba á la conciencia y á la justicia, cuyos solos nombres despiertan siempre un eco en el alma del pueblo.

Al oírle hablar con una tan grande libertad y una fuerza tal, algunos de los habitantes de Jerusalem se sorprendían. Ellos habían reconocido á Jesús, y ellos sabían que la autoridad sacerdotal le trataba de blasfemador y buscaba, desde la fiesta de los Purim, entregarle á la muerte.

—El es justamente, decían ellos. Y ved, él habla libremente, y no se le dice nada.

Ellos no parecen preocuparse de la enseñanza de Jesús. Por completo entregados á sus hábitos de servilismo:—¿Qué piensan los jefes? se preguntaban; ¿habrán reconocido que él es el Cristo?

Si los maestros hablaran, ellos les escucharían con agrado quizá. Se ve, por este rasgo, que su conciencia no está ni sorprendida ni persuadida.

Cuando la Verdad brilla, no se trata de saber si ella está aceptada fuera de nosotros; el ser libre, esclarecido, le obedece para y contra todos. Pero estos Hierosolimitanos no cono-

¹ Juan, VII, 25.

cían esta espontaneidad y esta independencia; como ellos sufren á sus doctores, ellos están bajo el yugo de sus preocupaciones y con estas preocupaciones ellos midieron á Jesús y á su doctrina.

—No, dicen, él no puede ser el Cristo, porque nosotros sabemos de donde es él; mientras que el Mesías, cuando llegue, nadie sabrá de dónde es él.

Todos estos pequeños detalles, traídos por San Juan, atestiguan la veracidad de su narración. Según la opinión general en esta época, el origen del Mesías debía ser enteramente desconocido.—Tres cosas, dice un proverbio de los Rabinos llegan impensadamente: el Mesías, el Enviado precursor y el Ecorpión.¹ Ellos enseñaban que él nacería en Belem, desaparecería desconocido y se revelaría de improviso, sin que se supiera de dónde ni cómo. El segundo Redentor será como el primero, Moisés; él será mostrado primero, después revelado de repente.²

Los Fariseos no dejaban de oponer á Jesús ese sofisma popular, recordando con desdén su origen nazareno, nombrando á sus padres pobres y á la ciudad despreciada, escandalizando á la multitud con las aberraciones de su doctrina. Toda la sabiduría de Jesús, sus milagros y su potestad venían á encallar contra esas fantasías.

El se indignó, y, para combatir los errores del pueblo tan hábilmente explotados por sus enemigos, él se puso á explicar el origen divino de su misión y de su persona. Como él había afirmado que su doctrina venía directamente de Dios, él afirmó con una fuerza mayor que su misión y su ser mismo de él procedían.

El elevó la voz; clamó, dice el Evangelio,³ como para revelar mejor la plenitud del Espíritu que le animaba.

—“Vosotros me conocéis, decís, y vosotros sabéis de don-

¹ Sanhedrín, fol. 97.

² Midr., Sohar, fol. 16.

³ Juan, VII, 28.

de soy. En realidad, vosotros no conocéis ni mi misión ni mi origen. Y por tanto, yo no he venido de mí mismo, y es el único competente Aquel que me ha enviado. Ahora, Aquel, vosotros no le conocéis; pero yo, le conozco, porque yo procedo de él,” y de él es de quien tengo mi misión.

Que Jesús fuese enviado de Dios y que por lo mismo su misión fuese divina, que él procediese de Dios y que por lo mismo su ser mismo y su persona fueren al igual de Dios, esta era la cuestión fundamental, la cuestión de vida ó de muerte. Resuelta afirmativamente, él se convertía en el único jefe que seguir, el solo maestro que escuchar, el verdadero salvador y el único libertador; la gerarquía misma no tenía mas que inclinarse ante él y someterse á él con la fe. Por el contrario, resuelta negativamente, él pasaba, á los ojos del poder religioso, como un falso profeta, él era justiciable de los rigores del Sanhedrín, y amenazado, conforme á la ley, de ser exterminado del pueblo.

¿Con qué firmeza y con qué autoridad, con qué potestad de afirmación y con qué elocuencia persuasiva, con qué deseo vehemente de salvar á esos espíritus obstinados y á esas almas endurecidas, no dió testimonio á la verdad? Se adivina. El no rechazó lo que se le objetó respecto á su pobre origen aparente; él mismo parece haber aceptado gustoso ante la multitud su condición despreciada. Sí, él era el Nazareno, el Galileo, el hijo del carpintero como se le llamaba.—Y por tanto, él añadió, si yo he dejado á Nazareth, y la Galilea, y la vida obscura del artesano, no es como tantos otros, no es de mi propia autoridad. “Dios mismo,” el verdadero Dios que no engaña, “me ha enviado.” Por este título, mi origen es misterioso; él escapa á toda criatura, y él os es desconocido. “Vosotros no sabéis de dónde vengo, porque vosotros no conocéis á Aquel que me ha enviado.”

Esta última palabra debió herir á lo vivo á todos esos Fariseos que se consideraban como los preferidos de Dios, los guar-

dianes de su palabra, los fieles observadores de sus mandamientos; pero nada detiene la expresión de la verdad de los labios de Jesús. El debe desenmascarar á la falsa religión que opone obstáculo á la fe en su persona, la muerte misma no lo impedirá.

Al mismo tiempo que él reprochaba á los judíos su ignorancia de Dios, él abrió su alma entera y dejó hablar á su conciencia divina.

—“Aquel á quien vosotros ignoráis, yo le conozco, porque yo soy de El, y enviado por El.”

Así es como Jesús, con un lenguaje del que no se halla el equivalente en ningún profeta, reveló, afirmó su mesianidad.

Detrás del Hijo del hombre humilde y desdenado, él muestra al Hijo de Dios, en comunidad de esencia con su Padre, coexistente con él, y enviado por él en el tiempo. Si él conoció á su Padre, es porque él no forma mas que uno con El; y si él es su Enviado, él ha sido iniciado por él en todas sus voluntades, en todos sus designios. El Mesías aparece en su verdadera naturaleza muy por encima de todo aquello que los judíos imaginaban, tal como los profetas le habían entrevisto, tal como Jesús lo ha realizado.

En fin, la multitud se conmueve. Un gran número se adherían á la fe; se les oye decir:—¿El Mesías, cuando llegue, hará más milagros que los que éste ha hecho?

Esos propósitos denotaban un movimiento en favor de Jesús. Los Fariseos, mezclados á la multitud, se inquietaron; y en su celo odioso convinieron en advertir inmediatamente á los grandes sacrificadores quienes, como miembros de las familias sacerdotales, formaban el partido que dirigía al Sanhedrín.

Se puso de acuerdo para enviar á algunos emisarios que vigilaran á Jesús de más cerca y aprovecharan un momento favorable para prenderle y llevarle ante el gran Consejo. Por chocados y escandalizados que ellos estuviesen por su ense-

ñanza, lo que ellos temían, lo que les asustaba, no era tanto su enseñanza como su acción sobre el pueblo.

Jesús vió, en la medida hostil de que él era el objeto, el principio de la persecución, y su muerte próxima; esta visión le emocionó, y le arrancó palabras conmovedoras y solemnes, tranquilas y tristes.

—“Yo estoy todavía con vosotros un poco de tiempo,” dijo, “en seguida me iré á Aquel que me ha enviado.” E invitó á todos á aprovecharse de esos días próximos á terminar. La llamada divina no tiene mas que una hora; Jesús era la llamada suprema de Dios.

—“Cuando yo haya desaparecido,” dijo, “me buscaréis y no me hallaréis; y ahí en donde yo estaré no podréis venir.” Con este lenguaje velado, indicó la exaltación de su humanidad en la gloria del Padre, y el término dichoso al que conduciría á los que tuvieran fe en él.

En el Padre es en donde Israel debe ser recogido por su libertador, pero con la condición de que él sabrá seguirle.

Estas exhortaciones conmovedoras y amenazantes, lejos de doblegar la obstinación de los judíos, provocaron por su carácter enigmático la rechifla de los Saduceos.

—¿A dónde irá él á dar, decían, que no le hallaremos? ¿Repulsado por nosotros, los verdaderos hijos de Abraham, quiere irse con aquellos que están dispersos entre los Griegos y enseñar á los paganos?

Y ellos se iban repitiendo la palabra de Jesús en la que su espíritu ciego no descubrió ningún sentido.

Medio siglo después, el momento mismo en el que Juan describía esta escena, él veía á aquel á quien Jerusalem y los jefes de la nación habían repudiado, invadir con su espíritu al mundo helénico,—á esos Griegos desdenados, á esos paganos de quien los judíos no hablaban sino con desprecio,—y la doctrina de Jesús repercutió en todas las sinagogas de Israel dispersado.

Los acontecimientos conducidos por Dios tienen su ironía vengadora.

El último día de la fiesta, los judíos, según los ritos, dejaron las tiendas de follaje, dirigiéndose en procesión al Templo y de ahí regresaban á sus moradas¹ para recordar la entrada de sus padres en la Tierra prometida. Este día tenía un carácter más religioso y más tranquilo. Se le santificaba por el reposo sabático. Todos los grandes recuerdos de la historia nacional revivían en el alma del pueblo, con la lectura del libro de la Ley y con la vista de los ritos destinados á simbolizarlos.

El agua que brotaba á torrentes de la roca, al mandato de Moisés, y que refrigeró á Israel en una tierra árida, era uno de esos recuerdos caros á la multitud. Cada mañana de la semana sagrada, después del sacrificio del cordero, todo el pueblo conducido por un sacerdote descendía del Templo, al pie del Ophel, á la fuente de Siloe. El sacerdote llenaba un cántaro de oro y le llevaba al atrio, entre los gritos de alegría de la multitud, y al son de trompetas y de címbalos. Subía en el altar de los holocaustos.—Levanta la mano, grita el pueblo;— y vierte hacia el Occidente el cántaro de agua. Durante la libación, el pueblo cantaba: "Vosotros beberéis las aguas con alegría de la fuente de la salvación." Palabras proféticas que anunciaban el Reino del Mesías.

Jesús tomó ocasión del gran milagro mosaico tan solemnemente recordado, para enseñar lo que él era. El estaba en pie, en medio de la multitud, y habló con fuerte voz. El pueblo devorado por la sed en el desierto era para él el símbolo de la humanidad convencida de aspiraciones insaciables hacia la verdad, la justicia y la salvación.

—"Si alguno tiene sed," exclamó, "que venga á mi y que beba."

—"El que crea en mí" él mismo será como la roca de la que

¹ Maimon., Succah, fol. 48, 55.

² Is., XII.

habla la Escritura, "de su seno brotarán torrentes de agua viva."

Jesús es la verdadera roca: de él brotó á torrentes el agua viva que refrigeró el alma, el espíritu de verdad, de justicia y de amor.

Cómo desarrolló este tema, con qué fuerza hizo sentir á los que le rodeaban el hambre y la sed de la justicia, con qué energía persuasiva se reveló como la piedra misteriosa del Horeb cuyos costados estaban abiertos para refrigerar á todo un pueblo, pueden presentirlo aquellos que escuchan en ellos mismos su voz siempre vibrante y quienes, según su promesa, han visto salir de su seno los ríos de agua viva.

Las palabras del Maestro habían agitado á la multitud.

Los unos, tocados, arrastrados, iluminados, decían: Hé aquí al Profeta. Los otros:—Este es el Mesías. Algunos atrincherados detrás de sus ideas y su pretendida ortodoxia, resistían. —No, respondían. ¿Acaso el Cristo viene de Galilea? La Escritura es formal: el Cristo es de la raza de David, y de la aldea de Belem en donde Nació David.

Las más contrarias opiniones dividían los espíritus. Algunos, impulsados por su fanatismo, querían arrestarle como á un blasfemador; pero ninguno puso la mano sobre él.

En este momento, había en la sala del gran Consejo una sesión borrascosa.

Los miembros influyentes deliberaban respecto de Jesús, de su enseñanza y de la acción que él ejercía sobre el pueblo, cuando los emisarios que ellos habían enviado contra él, la víspera, llegaron á dar cuenta de su misión.

—¿Por qué no le habéis traído? Les decían los jefes. Ellos respondieron:—Jamás ningún hombre ha hablado como este hombre.

Evidentemente, los guardias habían sufrido, como la multitud, el ascendiente de Jesús; ellos se habían sentido desarmados ante él; su elocuencia, su dulzura y su encanto habían si-

do más fuertes en su conciencia que la autoridad de sus señores.

Los Fariseos, indignados, reprocharon á esos servidores su indisciplina y su infidelidad.—¿Por ventura vosotros también, exclamaron ellos, os habéis dejado seducir? Ved á vuestros jefes y á vuestros maestros en la Ley: ¿hay uno solo que crea en él?

Esos déspotas no admitían que se pudiera pensar ú obrar de otro modo que ellos. Toda veleidad de independencia les parecía impía. El arrastramiento de la multitud hacia Jesús les exasperaba.—Esta turba, decían con desprecio, no conoce la Ley; ella está maldita.

Nada iguala al orgullo insolente, á la ceguedad y á la tiranía de los autócratas que abusan de la autoridad religiosa para imponer sus propios errores y su odio.

Mientras que ellos se agitaban, condenando á Jesús, reprobándole y anatematizándole en nombre de su pretendida ciencia santa é infalible, un defensor se levantó entre esos fanáticos: fué Nicodemus, ese miembro del Sanhedrín, ese doctor quien se había llegado á Jesús, en la noche, para interrogarle. La entrevista produjo sus frutos en esta alma sincera. La fe en el Enviado de Dios había vencido su timidez y su reserva, ella le inspiró en pleno consejo la palabra honrada y firme de la justicia. El recordó á sus colegas respeto á la Ley: ¿Acaso nuestra Ley, exclamó, juzga á un hombre sin haberle oído antes y sin conocer jurídicamente lo que ha hecho?

Ese grito de la honradez no hizo más que aumentar la exasperación de la asamblea. Se injurió á Nicodemus, se le trató de Galileo; se le objetó la Escritura.

—¿Acaso tú también eres Galileo? decían los más exaltados. Escudriña el Libro, y verás que de Galilea no viene ningún Profeta.

Los Fariseos se engañaban, á sabiendas tal vez. En su

¹ Véase el libro II, cap. V.

arrebato olvidaban que Jonás fué galileo de origen; pero, en despecho de Jonás, la Galilea quedó una tierra despreciada, á sus ojos. Y sin embargo, según el testimonio de Isaías, ¹ esta fué la tierra predestinada á recibir la predicación del Mesías.

La pasión siempre es la misma; en vez de responder con calma, ella se lleva hasta el ultraje, y, en su ceguera, ella no ve á la evidencia misma.

La asamblea se disolvió sin decidir. Las empresas del odio tienen necesidad de tiempo para llegar á la madurez. Jesús se aprovechó de esas tardanzas queridas por Dios, continuando con una fuerza creciente, á la faz de sus enemigos, su apostolado más peligroso de día en día.

La última noche de la fiesta, mientras que todos entraban en sus moradas, él tomó el camino del monte de los Olivos. A él le agradaba este lugar tranquilo, en donde descansaba, en la oración, del trabajo de sus jornadas. La ciudad se extendía delante de él, á sus pies, y él debió llorar á menudo por ella.

Desde la aurora, él volvía al Templo. Aun cuando las solemnidades de las fiestas de las Cabañuelas hubieran terminado, el pueblo acudía en tropel hacia él, bajo el Pórtico; y él se sentó para enseñar.

El estaba en la galería del tesoro, que rodea al patio de las mujeres,² cuando los Escribas y los Fariseos le llevaron á una mujer sorprendida en adulterio.³

Ella fué colocada en medio del círculo que se había formado ante Jesús,⁴ y los Fariseos pusieron al Maestro esta cuestión incidiosa:—Esta mujer acaba de ser sorprendida inflagrante de-

¹ Isaías, VIII, 23; IX, 1.

² Véase el plano del Templo.

³ Juan, VIII, 1 y sig.

⁴ En tiempo de Jesús, la ley que castigaba de muerte á los culpables había caído en desuso; no se hacía ya leber de las aguas amargas á los que eran acusados de este crimen. La relajación de los costumbres explicaba esta tolerancia. Es menester leer en Josefo, poco sospechoso de severidad hacia sus coreligionarios, la pintura que hace de las costumbres en Jerusalem, bajo los Herodes, para comprender el grado de abatimiento y de corrupción al que la nación había descendido, entre aquellos mismos que se llamaban los Zeladores, los Ferrientes. (Bell. Jud. IV, 10, 10).

lito de adulterio; pues bien, Moisés, en la Ley, nos ha ordenado lapidar á semejantes culpables. ¿Y vos, qué decís?

El lazo era hábil. Si Jesús respondía: Lapidad, se le podía acusar, ante Pilatos, de usurpar á la autoridad romana quien, en las provincias conquistadas, se había reservado el derecho de vida ó de muerte; y se sublevaba al pueblo contra esa doctrina inexorable. Si él respondía: No lapidéis, se le oponía á Moisés, se le desacreditaba en la opinión, y se le acusaba ante el Sanhedrín, como falso Mesías. El desuso de la ley no le preservaba; porque el Mesías debía mantener y restablecer el reino.

Jesús se mostró indiferente; se inclinó, y con el dedo se puso á trazar letras en la tierra.

Aquellos que le habían interrogado renovaron su pregunta. El se levantó:

—“Aquel de vosotros que se halle sin pecado,” dijo, arrójele la primera piedra.”

Se inclinó de nuevo y escribió todavía en la tierra.

Jesús frustra la astucia de sus adversarios; del dominio legal en que ellos le han colocado, él se eleva al dominio superior de la moralidad. El no se erige en juez de la Ley, él asume una función más elevada; como verdadero Maestro y verdadero guía de la conciencia, recuerda á esos bellacos que, si un juez en ejercicio puede, á pesar de sus faltas personales, condenar y juzgar, un pecador no tiene el derecho de ser el ejecutor de la justicia de Dios.

La palabra: “Que el que se halle sin pecado, arroje la primera piedra,” ha quedado la fórmula que condena á todos los falsos celadores de la justicia, inexorable para con los pecadores y siempre prestos á lapidar á los otros, cuando ellos se debieran condenar á sí mismos. Jesús pone á sus adversarios en la alternativa de confesarse culpables, y, por consiguiente, indignos de emplear el rigor, ó, si ellos no emplean el rigor,—ellos que se prevalecen de justicia,—de revelar su poco celo por la Ley.

Los Escribas y los Fariseos, viéndose desenmascarados y cogidos en el lazo, se alejaron prudentemente, cobardemente, uno tras otro, desde el primero hasta el último, comenzando por los ancianos.

Jesús quedó solo con la mujer en pie delante de él.

Eran la miseria y la bondad cara á cara.

Jesús, inclinado, evitando mirar á la culpable como para excusar su vergüenza, se incorporó:

—“Mujer,” la dijo, “¿en dónde están los que te acusan? ¿Ninguno te ha condenado?”

—No, Señor.

—“Yo tampoco te condenaré. Vete, y en lo sucesivo no vuelvas á pecar.”

El único que hubiera tenido derecho de castigar y de levantar la piedra, disimula y perdona, dejando á la pecadora el tiempo de arrepentirse y de creer. La mansedumbre será la ley del Reino nuevo. La justicia está en lo venidero vencida por la misericordia. Ningún maestro ha sido más inexorable que Jesús para el mal, y más dulce para el pecador. Gracias á él, el hombre olvida su aspereza para juzgar y condenar á sus hermanos; antes de emplear el rigor contra ellos, él piensa en sus propias faltas, y en vez de abrumarles, él se toca el pecho.

Esta historia, de quien los críticos más ó menos prevenidos contra el cuarto Evangelio han sospechado sin razón la autenticidad, ayuda á comprender este período tan agitado del ministerio de Jesús en Jerusalem. Ella manifiesta con qué obstinación sus adversarios le perseguían y qué maniobras péfidas inventaba el partido de los Doctores para comprometerle.

El favor popular del que Jesús estaba rodeado les irritaba y les ofuscaba. Ellos buscaban por todos los medios el robárselo. La cuestión respecto de la mujer adúltera tendía á ese fin;

1 Véase el Apéndice O. *La mujer adúltera.*

pero la astucia es impotente ante la inquebrantable firmeza y la infalible sabiduría del Maestro.

Inmediatamente después, él continuó enseñando, dando á su palabra siempre más claridad y fuerza; ella llegó á Jerusalem, en presencia de los maestros religiosos, que se creían iniciados en todos los misterios de la Ley y de los profetas, en todos los secretos del Libro, en más elevada potencia. Ya no era de la naturaleza y de la vida cotidiana de donde él sacaba sus imágenes, era sobre la Escritura misma, sobre la ciencia jurídica y la historia nacional, que se apoyaba para declarar lo que él era, lo que él debía cumplir.

Los Rabinos enseñaban que el Mesías era Luz, que el Esplendor habitaba en él.¹ Jesús hace alusión á esta doctrina, en sus nuevos sermones; él afirma que él es la verdadera columna de fuego y la Luz del mundo. Israel simboliza á la humanidad, la nube luminosa es el emblema del Mesías.

—“Yo soy,” dijo, “la Luz del mundo.” El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida.”

La columna de fuego guió á Israel, por la noche, en el desierto y le condujo á la Tierra prometida; Jesús guiará á la humanidad á través de las tinieblas en donde ella se aparta, y le mostrará que el Padre le espera en su Reino y le trazará la vía. Ella no tendrá mas que seguirle, si ella quiere escapar de los errores que velan la razón y de las tempestades que las pasiones amontonan. Esta Luz de vida, que él promete á los que le siguen, no es una ciencia muerta, abstracta, estéril, es una claridad viva, fecunda, inundando al alma que la fe ha puesto en comunión con Dios. Ella no está reservada á una raza privilegiada, ella es el patrimonio de todos los que creen y que aman; ella no nos ilumina respecto á lo que pasa, ella nos inicia en lo que es eterno, en el misterio de Dios, en su vida in-

¹ Echarabb., fol. 68, 4; Beresch, rabb, fol. 3, 4.

² Juan, VIII, 12.

fable, velada á toda mirada humana; ella nos enseña el nombre del Padre, y nos manifiesta que, á pesar de nuestra pequeñez y nuestra corrupción, somos llamados á ser sus hijos; ella nos hace conocer la fuerza infinita del Espíritu derramada en nosotros para transformarnos en la imagen del Padre, y elevarnos hasta El. Cualquiera otra luz, cerca de esta, no es mas que tinieblas; el que la posee está en la claridad y la vida; el que no la posee, en la nada y en la sombra de la muerte.

Aquel que, en Galilea, había pronunciado el sermón de la montaña, evangelizando los misterios del Reino de Dios, eclipsado por su doctrina á todos los maestros y profetas, podía decir, en Jerusalem, á la faz del pueblo y de la jerarquía: “Yo soy la Luz del mundo.”

Nadie ha poseído al igual de Jesús la potestad de la afirmación. Su enseñanza sobrepuja á nuestras miserables fórmulas, y la pobre lógica humana no podría medirla con nuestros primeros principios de evidencia. Pero lo que el hombre no puede ver, puede creerlo; y la autoridad moral de Jesús es digna de toda confianza. Desde que se está sometido á él, no se tarda en experimentar la verdad de su palabra. El alma vive, y ninguna prueba racional dará jamás la certidumbre que trae el sentimiento interior. La ciencia humana se dirige al espíritu, la ciencia religiosa de Jesús apela á la conciencia; la primera se justifica por argumentos lógicos, la segunda, esencialmente activa, atestigua la verdad por las virtudes y la paz que ella engendra. Por lo mismo, Jesús no discute, no demuestra; si él lo hace, es por condescendencia, menos para revelar su doctrina que para alejar á sus adversarios, descubrir su hipocresía, disipar sus errores, y algunas veces confundir su obstinación.

En la plena conciencia de su personalidad divina, de su unión substancial con el Padre, él aparece como el Testigo de la verdad; él la anuncia, la afirma, al presentarla bajo mil formas

¹ Juan, VIII, 13.

apropiadas. Por esto, la calma, la belleza, la trascendencia de su testimonio. Nadie igualará jamás la expresión tranquila, verídica, del hombre que ve y que sabe, que es sincero y bueno, que no quiere engañarse ni engañar; ahora bien, ¿qué cosa es un hombre semejante comparado á aquel que vió al Padre y que le conoció, que le escuchó y le obedeció, que no tenía ni exaltación ni debilidad, y que venía á dar á todos la luz viva y la paz del Espíritu?

Sin embargo, los Fariseos no soportaban que él se arrogase el título y la gloria del Mesías. Al escucharle hablar así de sí mismo, ellos no pudieron contenerse; y, creyendo arruinar por la base misma la enseñanza de Jesús, ellos le dijeron:— Vos os dáis testimonio de vos mismo; vuestro testimonio no es digno de fe.¹

Jesús, en un primer y decisivo encuentro con los mismos doctores, enviados por el Sanhedrín, había ya demostrado sus títulos de credulidad y legítima misión por la autoridad de Juan, universalmente reconocido como profeta, por sus obras divinas, por la voz de su Padre y por las Escrituras; por lo tanto ya no renovó su defensa. A la obstinación ciega de sus enemigos, él opone la firmeza creciente de sus afirmaciones; y, formulando la verdad con la potestad que le da la conciencia de lo que él es, él toma la ofensiva.

—“Desengañaos,” les dijo, “aun cuando yo de testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque yo se de donde vengo y á donde voy.”

En seguida, recordando uno de sus usos jurídicos,² en cuya virtud ellos no reciben el testimonio de personas desconocidas, él les mostró la causa oculta que no les permitía creer en sus afirmaciones.

¹ Este era un axioma jurídico entre los Rabinos: Nadie es testigo de su propia causa.

² Juan, VIII, 14.

³ Sanhed. C., 5, hal. 3, 4.

—“Por lo que toca á vosotros, no sabéis ni de dónde vengo ni adonde voy; porque vosotros juzgáis según la carne.”

Los Judíos no escuchan sino á sus tradiciones de escuela, su falsa ciencia, sus preocupaciones políticas y religiosas; ellos no ven en Jesús mas que al enemigo de sus tradiciones, al destructor de esta falsa ciencia, de sus preocupaciones; ¿entonces, cómo pueden conocerle? Mas bien que renunciar á lo que hace su sabiduría y su gloria, denigran al Profeta, niegan su misión, y, atribuyendo al espíritu malo su potestad y sus milagros, ellos se sumergen en las tinieblas y en el odio.

Esta es la eterna historia de la crítica y de la filosofía en presencia de Jesús: ella se obstina en quererle medir al nivel de lo que ella llama sus principios, y ella pasa impotente delante de él, condenado á despreciarle, á rebajarle, siempre áspera para criticar y siempre incapaz de comprender.

A este furor soberbio del hombre carnal que juzga lo que le domina y rebaja lo que le sobrepuja, Jesús responde con una palabra de una dulzura infinita:

—“Por lo que á mí toca,” dijo, “yo no juzgo á nadie.”

En la misma mañana, él había dado la prueba; por su actitud respecto á la mujer adúltera. En su primera venida, la función del Mesías no es de juzgar y condenar, él ofrece á todos la salvación y el perdón; aquellos que le rechazan se juzgan y se condenan á sí mismos, mostrándose indignos del divino don.

—“Y sin embargo,” añadió, “si yo juzgo, si yo atestiguo, mi juicio es verdadero, mi testimonio es válido.”

Al juicio del hombre sujeto al error, incompetente sobre tantas cosas, superficial y vano, plagado de ignorancia y de pasión, siempre personal y frágil, Jesús opone el suyo. El le proclama verdadero, en la plenitud de la palabra; él se eleva sobre la humanidad falible y miserable; y él explica por qué:—“Yo no estoy solo, pero nosotros estamos ahí, yo y el Padre, que me ha enviado.”

Afirmación prodigiosa que descubre la vida íntima de Jesús. Toda criatura inteligente está, por ella misma, lejos del Padre;

ella sabe que él existe, ella está en donde ella puede estar en movimiento hacia él, ella aspira á conocerle y amarle; pero ella no le ve, y ella no está en él. Jesús está en el Padre, con el Padre, en la unidad de una misma esencia; el Padre y él son dos personas iguales.

No ver en Jesús sino al hombre exterior, es juzgarle por la apariencia; es menester reconocer todavía lo que cubre esta apariencia. Ninguna mirada profana puede leer allí; sólo el testimonio de Jesús nos instruye, y esta es la grandeza de la fe, abandonarnos á este testimonio extraordinario por el que el Hijo de Dios se revela él mismo á nosotros. Que se le acepte ó que se le rechaze, él no permanece menos inquebrantable en su atestación. Siempre unido al Padre, de quien recibe eternamente todo lo que él es: la verdad, la potestad, la belleza, la perfección y la vida, él le revela á la humanidad en una palabra que liberta y con actos que permanecen el tipo de la virtud.

Entonces Jesús, apoyándose, para mejor convencerles, sobre la doctrina jurídica de sus contradictores, doctrina consagrada además por la Ley,¹ les dijo:

—“No está escrito que el testimonio de los hombres es tenido por verdadero? Ahora, si yo atestigo de mí mismo, el Padre que me ha enviado, testifica también de mí:” hé aquí los dos testimonios.²

Invocando aquí el testimonio de su Padre, él no recordó solamente la voz que le había publicamente, en su bautismo, proclamado el Hijo muy amado, ni los milagros que probaban la intervención constante de la potestad del Padre en su vida; él atestiguó el hecho íntimo de su vida, él afirmó de nuevo que él se conocía á sí mismo, que él conocía su misión con la Luz del Padre que vivía y hablaba en él.

¹ Deut., XVII, 6; XIX, 15.

² Juan, VIII, 17, 18.

Todas esas declaraciones solemnes están sin análogos en la historia de la humanidad. Entre aquellos que, á título de profetas, de enviados, de inspirados, han admirado á sus contemporáneos, arrastrado á la multitud, conmovido las conciencias, fundado imperios ó religiones, no se hallará ninguno que haya hablado así. El iluminismo mismo jamás ha tenido la audacia de un lenguaje semejante, que permanece uno de los insondables misterios de Jesús. Sólo la fe puede penetrar, y él no tiene sentido sino para ella. Si Jesús es el Hijo de Dios, todo es luminoso en lo que dice; si no lo es, todo es locura. ¿Quién osará tratarle de demente? Los judíos le han lanzado esta injuria; pero la historia ha guardado á Jesús á la altura del mismo Dios en la que él se colocó. Conmoviendo el Templo y sus atrios, esta revelación provocó entre los que escucharon las murmuraciones, el escándalo y la ironía; pero ella ha sido más fuerte que esas murmuraciones, ese escándalo y esa ironía; ella ha creado una humanidad nueva.

—¿En donde, pues, está tu Padre? le dijeron groseramente los Fariseos; un testigo debe ser visto y oído.

—“Si vosotros me conocierais,” respondió Jesús, “vosotros conoceríais á mi Padre; pero vosotros no conocéis ni á mí ni á mi Padre.”¹

Jesús es el único revelador de Dios; lo que él ha enseñado, es la palabra del Padre; lo que él ha hecho, es la obra de su bondad; de sus virtudes, es la santidad del Padre; su misión, tal como él la comprende, es la voluntad del Padre. Pero los Fariseos ciegos no querían nada ver en él de todo lo que él manifestaba, y ellos se arraigaban en la obstinación.

Es fácil entrever la vehemencia de la oposición que debieron suscitar semejantes discursos de la porción del pueblo que obedecía como esclavo á la autoridad, en los jefes de partido y de escuela y sobre todo de la gerarquía. El poder se sentía

¹ Juan, VIII.

amenazado, los doctores suplantados, sus partidarios frustrados en sus vanas quimeras de grandeza nacional: todos estaban escandalizados. Ese mesianismo tan puro no podía ser visto sino por las conciencias rectas y los espíritus sinceros. El odio celoso empojaba y rugía, estallando solamente en palabras injuriosas y violentas. Sin embargo, él no inspira todavía ninguna medida de represión. Nadie, dice el Evangelista, puso la mano sobre él, porque aun no había llegado su hora. Esperábase que el movimiento se aplacaría por sí mismo; él debió crecer, por el contrario, y la oposición iba á quedar reducida á este dilema: aceptar al Enviado de Dios ó entregarle á la muerte.

1 Juan, VIII, 20.



CAPITULO III.

NUEVOS TESTIMONIOS MESIÁNICOS DE JESÚS.

La vida de los pueblos tiene crisis que les salvan ó les pierden. La fiesta de las Cabañuelas del año 29 marcó para el pueblo judío una de esas crisis.

El Mesías que él espera hace muchos siglos, ahí está, en su metrópoli y en su Templo: él habla al pueblo, le llama, él se afirma. El va á ser aceptado ó despreciado, rechazado ó aclamado? El porvenir de Israel está suspendido por esta alternativa. Si él acepta á su Mesías, él no salvará su nacionalidad que ya no tiene razón de ser, pero cumplirá el más glorioso de los destinos; después de haber sido el profeta de Dios y de su unidad, él será el apóstol del Evangelio; si no, relegado obstinadamente en el particularismo de su raza y de su Ley, él será arrojado, á su vez, por aquel que habrá repudiado, él arrastrará en este mundo una vida sin gloria, perdido entre los pueblos adictos á la unidad del Reino de Dios, sospechoso á todos, inquieto, siempre decaído en sus esperanzas de salvación en lo futuro sin objeto, é incapaz de ser salvado, puesto que él habrá despreciado al único Salvador.